

SERVALES

Cuando enterramos a mi padre, un día helado de enero, supe que tenía que volver a la casa; tenía una deuda con ella. Decidí volver sola para despedirme. Ni siquiera avisé a los amigos de siempre que todavía vivían allí. No sé si fue un acto de amor o de desagravio.

El verano anterior había llevado a mi padre a pasar en Los Servales, su casa de Jaca, diseñada con esmero por él, los que serían sus últimos días allí; entonces no lo sabíamos. Las tres semanas que pasé fueron interminables, porque el carácter de mi padre era insoportable, como lo había sido siempre, y todavía se había agudizado más tras la muerte de mi madre. Recuerdo bien que me hice un calendario de mano, en el que iba tachando los días para animarme a soportar los paseos con él, en su silla de ruedas, hasta la catedral para llegar puntualmente a misa de ocho, siempre escuchando sus quejas sobre lo descuidado que estaba el jardín, los retrasos en servirle la comida, o sus ataques de ira preventivos por si osaba salir un rato a ver a mis amigos.

A la mañana siguiente de la llegada mi hermana para sustituirme, salí de la casa como una exhalación, puse la música lo más alta que el sistema de audio de mi coche era capaz de reproducir, y no paré de conducir hasta llegar a Madrid. No me despedí de la casa.

Desde los trece años había pasado en ella casi todos los veranos y vacaciones de mi vida. Al principio mis padres me asignaron una habitación compartida con mi hermana: la habitación de las niñas. Pero mi verdadera aspiración, tener una habitación propia, se cumplió cuando comuniqué a mis padres que me conformaba con un pequeño espacio abuhardillado en la segunda planta, con las paredes forradas de madera, una viga en medio y una pequeña ventana desde la que se veía los casi tres mil metros del pico Collarada. Y allí armé mi reducido mundo, alejado del bullicio familiar, con mi música – unos pocos discos que hacía sonar en un tocadiscos a pilas Philips -, mis escasos libros y mi diario. Instalé un colchón de gomaespuma en el suelo que servía de cama y de sofá. Mis hermanos llamaban a esa habitación la “Boîte de Sole”, no sé si por envidia o simplemente por chingar a su hermana pequeña, que ya despuntaba rarezas, y tendencia al aislamiento y a la protesta. Fui llenando las paredes de todo aquello que organizaba, y me ataba a mi mundo: recortes de revistas, mi colección de postales, pequeños y malos dibujos que hacía yo misma, estampas que, a lo largo del curso, intercambiaba con mis compañeras del colegio, siempre dedicadas con bellas frases de gran carga religiosa y emotiva, y las escasas fotos que llegaban a mis manos y que yo atesoraba como si, ya entonces, mi instinto me señalara que iban a permanecer conmigo como testigos fieles y mudos de mi recorrido por la vida.

Algunas tardes compartía mi guarida con mis amigas, no cabíamos más de cuatro; pero nunca con los amigos, porque a ellos les estaba vetada la entrada en esa casa. Eran tardes de cuchicheos y de música: quien nos gustaba, cómo organizar intrépidamente una merienda en el río con tocadiscos y baile, o cómo quedar un rato por las mañanas en la plaza de la catedral, haciendo un hueco en las pequeñas compras que, a todas, nos mandaban hacer nuestras madres. Eran mis catorce y quince años.

Yo era la encargada de hacer algunos recados a última hora de la tarde; así, cada día, yo me encaminaba a casa de la señora Tomasa, nuestra vecina, a recoger la leche recién ordeñada a sus dos vacas, algunos huevos que nos guardaba amorosamente, y, si era sábado, un pollo para la comida dominical; eso sí, el pollo había pasado a mejor vida a manos de ella. Me gustaba el camino porque, aunque la casa de nuestra vecina estaba cerca, había que llegar a ella atravesando huertos que a esa hora estaban recién regados y olían a hortalizas frescas. Desde entonces llevo conmigo esos aromas, y nunca los he encontrado en ninguna verdura de las que tengo que abastecerme en supermercados.

Lo verdaderamente importante comenzó en esa casa cuando mis padres decidieron pasar unos días de verano, solos, en San Sebastián. Como mis cuatro hermanos, bastante más mayores que yo, organizaban ya sus vacaciones de forma independiente, conseguía quedarme sola esos días de ausencia de mis padres, después de asegurarles que, a pesar de que la casa era inmensa, con un jardín muy grande y sombrío por la cantidad de abetos, pinos, magnolios y servales que lo habitaban, no tenía miedo porque alguna de mis amigas se instalaba conmigo. La casa se transformaba en una inmensa mansión en la que desparramábamos música, baños, sol y jolgorios nocturnos, a los que se sumaban el resto de los chicos de la pandilla. Estos jolgorios solían terminar con una fogata en el huerto, después de los baños nocturnos en la piscina, para calentarnos del relente de la noche.

Mi papel de “reina del castillo”, no me hacía olvidar las tareas que me habían sido encomendadas por mis padres: regar y cuidar el césped y el huerto. Así comencé a interesarme por la vida de las patatas, las lechugas, las rabanetas y todo tipo de hortalizas que crecían en ese pequeño trozo de tierra. Ver su evolución me transportaba a un mundo de asombros inesperados: observar cómo un tomate crecía y cambiaba de color casi de un día para otro, cómo un proyecto de judía era comestible en tres o cuatro días, vislumbrar el naranja de las zanahorias surgir del suelo, atar las lechugas para que amarillearan por dentro... me infundía un apego a la tierra infinitamente más intenso que caminar por los altos montes que me rodeaban.

Más adelante fueron inviernos y veranos allí, con mis hijos y mi marido: esquí, frío, partidos de fútbol en el jardín, baños interminables, caminatas por los

montes... Finalizar las jornadas de esquí alrededor de la chimenea central del salón nos envolvía y hechizaba, a pesar de que soltaba humo por los cuatro costados de su gran mole de bronce gris; bañarnos en la piscina de agua siempre fría, después de haber caminado todo el día por senderos, y recorrido pueblos con su pequeña iglesia románica, perdidos para turistas y curiosos, nos enderezaba el alma. Y conseguí que mi familia amara el Pirineo, y esa casa, tanto como yo la había amado y la seguiría amando el resto de mi vida.

Mi despedida de la casa, en el verano de 2005, fue una ceremonia no exenta de dolor y nostalgia. Recorrí y acaricié cada rincón, y cada metro de tierra. A pesar de tener ocho habitaciones a mi disposición, volví a instalar un colchón en la "Boîte de Sole". Las paredes estaban vacías pero las huellas de mi mundo seguían allí. La última noche encendí la chimenea, a pesar de que era julio y había sido un día caluroso, para ahumarme por última vez. Fue, tal vez, ese fuego conocido, el que me hizo sentir la presencia de mi madre, y quedarme horas a su lado relatándole lo que había sido de mi vida desde que ella voló, en silencio, en busca de otra vida en la que ella creía. Sus caricias y sus palabras calladas me llegaron, me desconsolaron. Fui consciente del mundo que ella había traído consigo, con sus veintitrés años, a esas tierras de montañas salvajes del norte, desde un mundo madrileño sofisticado, lleno de música, de teatro, de bullicio, y de caminatas al estadio Metropolitano con su padre y sus cuatro hermanas, y de dolor por una guerra injusta que le arrebató un hermano y sus paseos por Rosales con trenzas y del brazo de su entonces novio, y luego marido por sesenta años, para instalarse en mundo de silencio provinciano de postguerra. Nunca perdió su elegancia ni su acento madrileño. Siempre supe que su amor por Madrid me lo traje yo por herencia. Y con ese acento es con el que la oí las largas horas de esa noche, pegada al fuego y a su presencia.

En el recorrido de despedida del inmenso jardín, cogí una rama de cada árbol y de cada arbusto; cogí, también, rosas, margaritas, hortensias, azucenas, lirios y peonías. Del huerto, desaparecido unos años atrás, todavía pude percibir el olor a hortalizas. Hice dos inmensos ramos, uno destinado a depositarlos en la tumba de mis padres, otro para mí.

Cerré la casa despacio, con mimo, acaricié la puerta, corrí hacia el coche y volví a conectar la música lo más alto que daba el equipo. Pasé varias veces por delante de ella sin mirarla, pero sintiéndola. Abandoné Jaca sin prisa. Todavía no sabía que, pocos meses después, volvería a esa casa, pero sólo para venderla.

Maite Aranda Jaquotot